



“XIX. El kiliwa y las lenguas indígenas de Baja California”

p. 299-308

Miguel León-Portilla

Obras de Miguel León-Portilla
Tomo VI. Lingüística

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2010

340 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-7630-53-1 (tomo VI, pasta dura)

ISBN 978-607-7630-52-4 (tomo VI, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/545.html!](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/545.html)

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



XIX. EL KILIWA Y LAS LENGUAS INDÍGENAS DE BAJA CALIFORNIA*

Consta que en la península de California se han hablado numerosas lenguas indígenas, algunas radicalmente distintas entre sí. Hoy, sin embargo, es muy limitado lo que podemos saber acerca de la mayor parte de las mismas. Al irse extinguiendo desde el siglo XVIII quienes las hablaban, no quedó otro vestigio de ellas sino lo que consignaron al respecto algunos cronistas, casi siempre religiosos. Únicamente en el extremo norte de la península han sobrevivido algunos centenares de indígenas que continúan comunicándose en sus lenguas ancestrales.

Entre ellos se encuentran los kiliwas que habitan varias rancherías en las estribaciones de la Sierra de San Pedro Mártir, en un área conocida como Arroyo León, situada al sur del Valle de la Trinidad, en la jurisdicción del municipio de Ensenada, el más extenso de México con sus más de 54 000 km². Aunque no se conoce con exactitud cuántos son los kiliwas y menos aún el número de quienes mantienen viva su lengua, puede afirmarse que son ya muy pocos. La pobreza de las tierras en que subsisten sus rancherías ha sido causa de que varios de ellos hayan emigrado en busca de mejoría económica. En la actualidad hay algunas familias kiliwas, o algún miembro suelto de ellas, en lugares como Ensenada, Tijuana, valles de Guadalupe y Mexicali y en el sur de la Alta California.

Quien más y mejor ha estudiado su lengua y conoce a varios de entre los pocos que la mantienen viva, el autor de este libro, Mauricio J. Mixco, ha expresado en otro trabajo suyo: "Las perspectivas de continuidad de la lengua kiliwa son menos que prometedoras" (1983, 3). A la luz de esto debemos reconocer que la obra que ahora se publica aquí bajo el patrocinio del Archivo de lenguas indígenas de México, versa sobre una de las varias que, en nuestro país, experimentan el drama de un acelerado proceso de extinción. Rescatarlas del olvido, como creación humana de inestimable valor, es sin duda empresa en extremo meritoria.

* Prólogo a Mauricio J. Mixco, *Kiliwa del Arroyo León, Baja California*, México, Archivo de lenguas indígenas de México, El Colegio de México, 1996, p. 7-17.



A tres asuntos principales atenderé en este prólogo. El primero consistirá en una sumaria pero, hasta donde me es posible, precisa descripción de lo que sabemos acerca de las lenguas que se han hablado en la península californiana. De ello me he ocupado más ampliamente en dos trabajos (León-Portilla, 1976, 87-101 y 1983, 22-45).

Esto nos permitirá situar mejor al kiliwa en el contexto de la familia lingüística a la que pertenece, tema al que atenderé en una segunda parte. Allí me fijaré en las contribuciones del propio Mauricio J. Mixco, que han sido fundamentales en esta materia. Como complemento aludiré asimismo a los textos que él ha transcrito de dicha lengua y en menor abundancia del paipai, hablado por indígenas vecinos de los kiliwas.

Finalmente, en una tercera parte, pondré de relieve algunos aspectos del presente libro, en el que Mauricio J. Mixco hace concisa presentación de rasgos y elementos fundamentales en la fonología, sintaxis y léxico del kiliwa, ilustrándolos con muestras de los textos recogidos por él mismo en dicha lengua.

Las lenguas indígenas de la California peninsular

El panorama que ofreceré tiene como apoyo los testimonios de los principales cronistas misioneros —entre ellos Francisco María Pícolo, Miguel Venegas, Miguel del Barco, Juan Jacobo Baegert, Benno Ducrue, Francisco Palou y Luis de Sales— al igual que los trabajos de modernos investigadores, desde Albert S. Gatschet y Alfred L. Kroeber hasta Peveril Meigs, William C. Massey, Carlos Robles Uribe, Rudolph C. Troike, Jesús Ángel Ochoa Zazueta y Mauricio J. Mixco. Permiten ellos establecer la existencia de idiomas pertenecientes a por lo menos tres familias lingüísticas: Son éstas la pericú, la guaycura y la cochimí-yumana.

William C. Massey y otros se plantearon la cuestión de si pertenecían a una misma familia el pericú —hablado en la parte más meridional de la península y en algunas islas como la de San José y del Espíritu Santo— y el guaycura, con todas sus variantes o idiomas emparentados, (callejúe, huchití, cora, aripe...), empleados éstos desde el sur del puerto de Loreto hasta la bahía y el istmo de La Paz. La cuestión no era de fácil respuesta. Massey se inclinó a postular que el pericú y el guaycura con sus respectivas variantes integraban una sola familia que designó como “guaicuriana” (Massey, 1949, 302-303 y 1966, 51-52).

Sin embargo, acudiendo sobre todo al testimonio de dos cronistas jesuitas que son los únicos que proporcionan información coherente y de cierta amplitud acerca del pericú, el guaycura y sus variantes, creo haber

mostrado suficientemente que pertenecieron a dos familias lingüísticas diferentes. Resumiré aquí la información que reuní y que incluye otros testimonios aportados incidentalmente por algunos navegantes y exploradores de los siglos XVII y XVIII, así como por otros misioneros.

Para el guaycura disponemos de un vocabulario que registra, entre otras cosas, los nombres de algunas partes del cuerpo; un esquema de la conjugación del verbo y algunos textos, entre ellos la versión del Padre nuestro y de los doce artículos del Credo. Estos materiales los reunió el jesuita Juan Jacobo Baegert, que laboró varios años en la misión de San Luis Gonzaga y los incorporó a sus *Noticias de la península americana de California* (1942, 129-140).

Respecto del pericú tan sólo se conocen unos treinta vocablos mencionados por navegantes, exploradores y misioneros (León-Portilla, 1976, 92-99). Por otra parte, existe un testimonio del jesuita Miguel del Barco que estuvo en la península cerca de treinta años.

La comparación entre unos pocos vocablos pericúes y guaycuras que tienen igual o muy parecida significación muestra una completa diferencia de unos y otros. También hasta donde lo reflejan las transcripciones de dichos vocablos, las formas como se estructuran sus sílabas difieren de una a otra lengua.

Si estas evidencias son en sí bastante limitadas, tenemos, en cambio, el testimonio del jesuita Miguel del Barco, que conoció ampliamente a guaycuras y pericúes. Dice él al respecto:

Después del territorio de los pericúes a quienes en la California vulgarmente llaman pericos, se sigue el de la segunda nación, que ocupa todo el terreno que hay hasta Loreto y aún un poco más adelante. Divídese ésta en huchitíes, coras, aripes, guaycuras y monquis. Las tres primeras nacioncillas, ramas de los guaycuras, tenían su asiento dentro del sur [...].

En obsequio de la verdad decimos que la nación de los pericúes no se divide ni se ha dividido jamás en las dichas nacioncillas [...]. Ni los guaycuras, ni los huchitíes ni los coras eran ramas de la nación pericú. Los pericúes son una nación totalmente separada de las dichas naciones [...], así en territorio como en lengua, trato y parentesco. (Del Barco, 1973, 173-174.)

Esto mismo lo reitera Del Barco en otros lugares de su obra, en uno de los cuales añade que, al tiempo de la salida de los jesuitas de la península en 1768, “la primera lengua diversa, que es la pericú [...] podía tener [entonces] trescientas almas, las cuales hablaban ya el español y, por tanto, la lengua pericú se debe contar ya entre las extinguidas” (Del Barco, 1973, 440).



Aceptando estos testimonios que confirman las limitadas evidencias fundadas en la comparación de algunos vocablos pericúes y guaycuras parece posible sostener que una y otra lengua, con sus ya mencionadas variantes, no pueden tenerse como integrantes de una misma familia. No existen otras referencias que permitan relacionar a una u otra con otros troncos o familias lingüísticas. Recordaré al menos que Paul Rivet, basado en investigaciones osteométricas en restos de pericúes, formuló la hipótesis de su posible origen melanésico en Oceanía (Rivet, 1942, 120-140).

Lenguas, a su vez radicalmente distintas del pericú o del guaycura, son las que se hablaban al norte de la misión de Loreto, es decir en las regiones central y septentrional de la península. Los jesuitas las conocieron con los nombres de cochimí, laimón, cadegomeño, ignaciano, borjeño y otros. De ellas notó el mismo Del Barco que estaban tan emparentadas entre sí que,

[...] si hubiera límites fijos en que acabara un dialecto y comenzara otro, pudieran llamarse diversas lenguas, como se llaman diversas la italiana, francesa y española, o por no menos la castellana, portuguesa o gallega. Mas como dichas variaciones se van haciendo poco a poco y casi insensiblemente, quedan con el nombre de una misma lengua. (Del Barco, 1973, 223.)

Tal nombre era el de cochimí. De dos variantes de éste se conservan importantes testimonios relativos a su gramática y su léxico. Uno lo debemos al mismo Del Barco (1973, 223-229), y otro al también jesuita Benno Ducrue (Burrus, 1967, 136-139). Ya en el siglo XIX se pudieron recoger todavía algunas listas de palabras. William M. Gabb reunió un pequeño vocabulario cochimí en las cercanías de la misión de Santa Gertrudis. El lingüista Albert M. Gatschet lo tomó en consideración en su trabajo acerca de la familia lingüística yumana (1887, 387-407). Otro lingüista, J. P. Harrington, del que Mixco se ha ocupado, recogió en 1925 otros vocabularios en las cercanías de las antiguas misiones de San Fernando Velicatá y El Rosario (Mixco, 1977, 42-50).

Lo aportado por Gatschet (1883, 1886, 1892) sobre la familia lingüística yumana, y más tarde por otros, sobre todo por Alfred L. Kroeber (1943), dejó establecido qué lenguas formaban parte de ella. Además de las habladas en Arizona (walapai, havasupai, yavapai...); las de grupos a lo largo del río Colorado (halchidhoma, mohave y yuma) y de la región de su delta (kahwan, halyikwamai y cucapá), incluyó el diegueño del sur de Alta California (ipai y tipai); el ñakipá, el paipai y el kiliwa de la región norte de Baja California. Al ya extinto cochimí, con base en los materiales

al alcance —es decir los de los lingüistas y no los de los jesuitas que aún estaban inéditos— se le incluyó en el mismo tronco pero con el calificativo de “yumano peninsular”.

El kiliwa y la familia cochimí-yumana

Ahora bien, respecto de la lengua kiliwa, Alfred Kroeber, disponiendo de muy escasos materiales relacionados con ella, dejó entrever que su clasificación en el subgrupo que designó como “Californiano” —junto con el diegueño, el paipai y el ñakipa— era un tanto hipotética. Mucho después la lingüista Judith Joel intentó una nueva clasificación de las lenguas yumanas y en ella concedió atención especial al kiliwa (1964, 99-105).

A su juicio, el caso del kiliwa “es definitivamente divergente. Sólo un pequeño número de raíces kiliwas son cognadas de las de otras lenguas yumanas [...]” (Joel, 1966, 103). Y añade: “el kiliwa debe dejarse fuera de ulteriores consideraciones; asumimos que sus afiliaciones cultural-lingüísticas se hallan hacia el sur” (Joel, 1966, 103), es decir relacionadas con los cochimíes.

Mauricio J. Mixco, como resultado de sus investigaciones a lo largo de varios años, trabajando en él área kiliwa y en las vecinas y asimismo estudiando los testimonios que dejaron los misioneros acerca del cochimí, ha reunido evidencias léxicas y sintácticas que lo han llevado a postular la existencia de una familia lingüística en Baja California, que no se había reconocido como tal. Afirma así que,

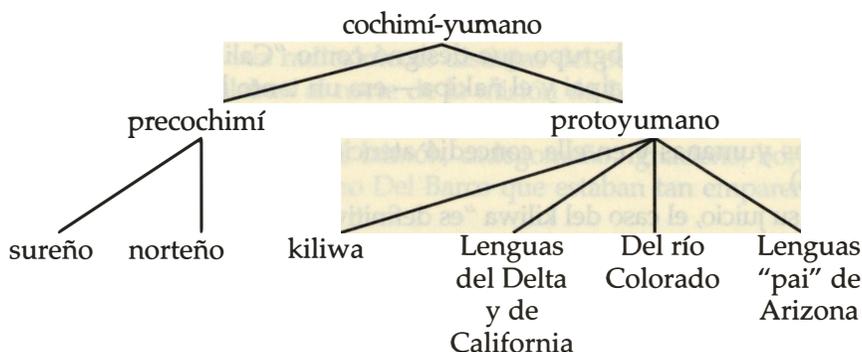
[...] el peso de los datos léxicos y sintácticos compilados está abrumadoramente en favor de la conclusión de que el cochimí y el proto-yumano fueron en un tiempo una sola lengua [...].

Los datos sugieren que, en ambos, yumano y cochimí, el arcaísmo lingüístico debe encontrarse en la península. El kiliwa, el más diferenciado de toda la familia yumana, tiene los más fuertes paralelos con el cochimí [...].

Puede ser que la proto-lengua-cochimí-yumana haya sido hablada en, o cerca de, el norte de Baja California, donde es más grande una notoria diferenciación lingüística. Tal vez subsiguientes alteraciones demográficas determinaron el movimiento de pueblos yumanos más hacia el interior de la península [...]. (Mixco, 1977, 76.)

Efectivamente, la información allegada por él, analizada con riguroso método, lleva a aceptar la tesis que propone, en la que confiere un lugar

muy particular al kiliwa. Éste, reconocido desde hace mucho como lengua yumana, captado ahora por Mixco en su relación con el cochimí, y notados en uno y otro sus manifiestos arcaísmos, aparece como indicador de un antiguo proceso de génesis lingüística dentro del gran tronco hokano. En tal proceso postula Mixco la existencia de una lengua cochimí-yumana de la que se derivaron dos ramas, la de un precochimí y la de un protoyumano, tal como lo muestra el siguiente esquema:



En este, esquema se sitúan bajo la “nueva” familia, lingüística cochimí-yumana las dos ramas de que consta. Una es la que constituyó un precochimí, del cual se derivaron todas las variantes que se hablaron desde la misión de Loreto hasta la de El Rosario, o sea hasta cerca de unos 300 km al sur de la actual línea fronteriza. La otra rama, que designa como “protoyumana”, se subdividió luego en cuatro subfamilias. En ellas distingue a la lengua kiliwa como una aparte, por sus peculiaridades y antigua relación con el cochimí norteño.

Las otras, que de tiempo atrás se han conocido también como “yumanas”, integran grupos o subfamilias bastante parecidas a las propuestas desde los tiempos de Alfred Kroeber. Por una parte están las lenguas del Delta del Colorado (kahwan, halyikwamai y cucapá), a las que Mixco añade aquí las designadas por Kroeber como “de California” pero sin incluir ya el kiliwa que ocupa, como vimos, un lugar aparte. Dichas lenguas son el ipai (en Alta California), integrantes del diegueño y el ñakipá (en la Baja California). A su vez, otro grupo está formado por “las lenguas del río Colorado”, es decir, el yuma, halchidhoma, mojave, kaveltyadom y maricopa. Finalmente, integran el cuarto grupo las lenguas “pai” de Arizona: walapai, havasupai, yavapai, junto con el paipai, de la Baja California.

Las investigaciones realizadas por Mixco acerca del kiliwa y el paipai, por un lado, y sobre el cochimí—en este último caso con apoyo en materiales

reunidos sobre todo por el jesuita Miguel del Barco (1973)—, le permitieron dar este nuevo paso en la clasificación de este gran conjunto de lenguas conocidas antes como “yumanas” y “yumano-peninsulares”, dentro del tronco hokano y que ahora se nos presentan como pertenecientes a la “familia cochimí-yumana”. En ella, como ya se ha señalado, el kiliwa, si bien se derivó del “protoyumano”; ocupa un lugar especial, que lo distingue de sus parientes como el paipai y otras, debido a antiguos contactos con el cochimí norteño.

Textos en kiliwa y paipai

Como un complemento a lo expuesto sobre la lengua kiliwa y su ubicación en la familia cochimí-yumana, haré referencia a los trabajos de Mixco de recopilación, análisis y traducción de textos en kiliwa y paipai, así como a sus estudios gramaticales acerca de dichas lenguas.

Poco era hasta entonces lo realizado en forma directa y amplia sobre una y otra materia. Peveril Meigs, que había preparado su tesis doctoral en la Universidad de California, en Berkeley, sobre las misiones dominicas de Baja California, en su trabajo de campo estuvo en contacto con indígenas de la región, entre ellos de modo especial los kiliwas, hacia 1926 y años siguientes. En 1939 publicó *The Kiliwa Indians of Lower California*, libro en el que aporta información lingüística y transcribe textos que, a partir de una versión al castellano, tradujo al inglés.

La ya mencionada Judith Joel estuvo en 1958-1959 entre los paipai y los kiliwas y recogió listas de vocablos proporcionados por un indígena de Arroyo León. Merece ser mencionada asimismo la “Investigación lingüística sobre los grupos indígenas del Estado de Baja California”, llevada a cabo por Carlos Robles Uribe (1965, 275-301). Puede considerarse ella como un reconocimiento de carácter más bien general.

Mauricio Mixco, de origen salvadoreño y con un apellido nahua de procedencia pipil, comenzó a interesarse desde fines de los años sesenta en la lengua kiliwa. En 1971 presentó como tesis de doctorado en la Universidad de California, Berkeley, una amplia investigación que intituló *Kiliwa Grammar*. A partir de entonces y hasta el presente ha continuado investigando sobre las lenguas indígenas del norte de Baja California y dado a conocer los resultados obtenidos en una ya larga serie de publicaciones. Como no pretendo dar aquí su bibliografía, mencionaré sólo algunas. En 1976 sacó a luz tres trabajos que se complementan entre sí. Uno se refiere a la fonología, *The Historical Implications of Some Kiliwa Phonological Rules* (1976a). Otro se sitúa en el campo de la estructura, “Oblique and Non-



Oblique Surface Cases in Kiliwa Syntax” (1976b), y el tercero marca el inicio de sus ediciones de la palabra transcrita, “Kiliwa Texts” (1976c).

Por ese tiempo (1973-1975) se ocupó también del mismo grupo indígena y, en menor grado, de su lengua, el antropólogo Jesús Ángel Ochoa Zazueta. A él se debe el libro *Los kiliwa y el mundo se hizo así*, publicado por el Instituto Nacional Indigenista en 1978. En él incluye un breve capítulo sobre la lengua (202-204) y un amplio apartado en el que presenta en castellano un conjunto de textos míticos, algunos de los cuales guardan semejanza con los transcritos en inglés por Meigs (1939, 62-82). El propio Mixco hace una apreciación tanto de lo aportado por Meigs como por Ochoa Zazueta en otro trabajo suyo considerablemente extenso en el que reunió textos en kiliwa con su correspondiente análisis y traducción, *Kiliwa Texts. “When I Have Donned my Crest of Stars”* [Cuando me haya puesto mi penacho de estrellas] (1983, 281-295).

Años antes, había publicado Mixco en la revista *Tlalocan* (1977, 205-226) —a solicitud de quien esto escribe— otro conjunto de textos paipai, asimismo de contenido mítico en su mayor parte. Al presentarlos en su original paipai, con dos traducciones al castellano, una literal y otra libre, los ofreció como “Textos para la etnohistoria en la frontera dominicana de Baja California”, expresión que recuerda el título de la que fue tesis doctoral de Meigs: *The Dominican Mission Frontier of Baja California* (1935).

Además de ocuparse de las lenguas paipai, kiliwa y cochimí, investigó acerca del ñakipa que, como vimos, en su clasificación se sitúa en la subfamilia “del Delta y de California”. Esto lo capacitó para desarrollar su trabajo, del que he tratado más ampliamente, *Cochimi and Proto-Yuman: Lexical and Syntactic Evidence for a New Language Family in Lower California* (1978).

Volviendo a sus compilaciones y estudios de testimonios en kiliwa (1983) sólo añadiré que, con apoyo en ellas, Mixco ha preparado un léxico (1985) y una nueva gramática de esta lengua. Puede decirse que en el libro que ahora nos ofrece, con el esquema adoptado en esta serie del Archivo de lenguas indígenas de México, toma en cuenta todo lo que ha publicado y reunido sobre fonología, estructura y léxico de esta lengua.

Algunas consideraciones sobre el contenido del presente libro

Después de registrar el significado de las numerosas abreviaturas y signos que emplea, se ocupa de la fonología del kiliwa. Es interesante notar que al registrar allí los diversos fonemas —consonantes y vocales—, ofrece en cada caso ejemplos de su realización en distintas posiciones dentro de la palabra. Enfatiza asimismo la peculiaridad del acento en kiliwa, en cuanto

que es “un complejo de tono y de intensidad”. En razón de esto lo denomina “acento tónico” y añade que es sobre todo en las sílabas largas donde se manifiestan más las diferencias de tono.

La riqueza de textos kiliwas recogidos por él le permite ofrecer luego un “monólogo” y un extenso “diálogo”. Uno y otro constituyen valioso material para análisis morfológicos que ponen de manifiesto los principales rasgos característicos del kiliwa. El monólogo se debe al señor Trinidad Ochurte Espinoza, de Arroyo León. La traducción que proporciona luego del mismo puede valorarse a la luz de los análisis morfológicos, que ponen de manifiesto las principales rasgos características del kiliwa. La conversación en kiliwa tuvo lugar entre la señora Ceferina Ochurte Espinoza, su hermano Trinidad y el lingüista Mauricio Mixco. Sus palabras no son ya sólo interesante testimonio de “literatura oral” acerca de su propia cultura e historia, sino expresión que permite captar en sí mismos los atributos propios de esta lengua en vísperas, tal vez, de su total e inminente desaparición.

Si bien a través ya de los análisis morfológicos en relación con el “monólogo” y el “diálogo”, cabe percibir no poco de la sintaxis del kiliwa, a ésta consagra luego el profesor Mixco un apartado especial siguiendo los lineamientos del cuestionario del “Archivo”. Valiéndose de casi seiscientas oraciones que, en última instancia, se derivan del caudal de textos que ha reunido, muestra en su versión interlineal, la estructuración de los elementos que integran el fluir sintáctico de la expresión.

El libro, como los demás que integran esta colección, incluye en su última parte un vocabulario. En él se proporcionan los equivalentes kiliwas —siempre que ello es posible— de los vocablos castellanos que se han adoptado para estos registros léxicos en los otros volúmenes de esta serie.

Si se pidiera una apreciación de conjunto acerca de este trabajo de Mauricio J. Mixco, diré que ésta sólo alcanzaría una significación plena y justa, si se le sitúa en el contexto de sus numerosas aportaciones sobre el kiliwa y otras lenguas del norte de Baja California. Si el Archivo de lenguas indígenas de México se enriquece ahora con este volumen, ello ha sido posible porque el profesor Mixco ha dedicado más de un cuarto de siglo de su vida al estudio paciente del kiliwa y su literatura oral. En menor proporción ha hecho otro tanto respecto del paipai.

Ello le ha permitido penetrar en el conocimiento de los secretos de estas lenguas e incluso situarlas en el contexto de la que puede considerarse una familia lingüística antes no cabalmente reconocida. Quien se adentra en el conocimiento de una lengua, está explorando una forma en particular de ordenar y matizar en la conciencia el universo que percibimos los humanos. Esto lo ha realizado Mauricio J. Mixco respecto de una lengua antes poco



estudiada y que hoy se halla en vísperas de fatal extinción. Al realizar este rescate, ha enriquecido el saber lingüístico que, derivado de una lengua que se ha hablado en la California mexicana, ha venido ya a ser parte del legado universal de la cultura.